

W

ISAAC ROSA



edebé

periscopio

W

ISAAC ROSA

(con la participación de Olivia Rosa Lois)

W



edebé

© Isaac Rosa, 2019

© Ed. Cast.: Edebé, 2019

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41

contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte

Editora de Literatura Juvenil: Elena Valencia

Diseño de colección: Book & Look

Fotografía de cubierta: David Marcu on Unsplash

1.^a edición, febrero 2019

ISBN: 978-84-683-4109-5

Depósito legal: B. 27938-2018

Impreso en España

Printed in Spain

EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

NOTA DEL AUTOR

Después de publicar seis novelas sobre todo tipo de temas, me propuse escribir una que quisiera leer mi hija Olivia. ¿Y qué querría leer Olivia?, me preguntaba. La respuesta era obvia: nadie podía saberlo mejor que ella. Así que... ¿por qué escribir una novela *para* Olivia, pudiendo escribirla *con* Olivia?

Que un autor quiera que le lea su hija es muy normal. Que además quiera escribir no para ella, sino con ella, tampoco es tan extraño. Lo que ya no es tan frecuente es que la hija esté dispuesta a acompañar la escritura durante meses, sin perder el entusiasmo, aguantando las inseguridades y torpezas del padre-autor, y que encima sus aportaciones sean tan decisivas. Aquí está el resultado de muchas tardes felices. Gracias, Olivia.

Capítulo uno

No hay nadie como tú. No he conocido nunca a nadie igual. Eres irreplicable. Un ejemplar único. Cuando te hicieron, rompieron el molde. Blablablá...

No te creas nada de eso. Son los típicos piropos que escucharás mil veces en tu vida. Tus padres, tu pareja, tu mejor amiga, cualquiera que quiera regalarte el oído o levantarte el ánimo cuando tengas un mal día.

Nadie como tú... Irreplicable... Ejemplar único... Rompieron el molde...

Ni caso: blablablá.

¿Que no hay nadie como tú? Claro que sí. No te pienses que eres tan especial. No eres irreplicable, ni un ejemplar único. Si no has encontrado nunca a nadie igual, sigue buscando. No rompieron el molde cuando naciste, qué va: lo usaron para hacer más como tú. No digo similares: iguales. Como dos huevos. Como dos hojas de un mismo árbol. Como dos gotas de agua. Como dos... lo que sea.

A ver, piensa un poco. ¿Cuánta gente vive en el planeta Tierra? Seis mil millones.

Ya son más de siete mil millones, me corrige Valeria, marisabidilla.

De acuerdo, siete mil millones. ¿Y alguien se cree que haya caras diferentes para tanta gente? Por su-

puesto que no. Los chinos, por ejemplo. Mil millones de chinos.

Mil trescientos sesenta y nueve millones, según Wikipedia.

Pues con más razón. ¿Creéis que puede haber una cara diferente para cada uno? Claro que no, por eso se parecen tanto.

No es verdad.

Valeria, por favor. ¿Puedes dejar que siga contando la historia?

Es MI historia.

Y según tú, los chinos no son tan parecidos.

Si te fijas bien, son muy diferentes unos de otros. Lo que pasa es que apenas conocemos chinos, y no sabemos mirarlos.

Lo que intentaba decir, si Valeria me deja, es que con tanta gente en el planeta es imposible que haya un molde diferente para cada uno. Matemáticamente imposible. No hay caras para tanta gente. A la fuerza tienen que repetirse.

Por ejemplo, la gente que se parece a un famoso. Hasta hay concursos en la tele. Gente idéntica a un actor, un cantante o un futbolista. Cuando los ven por la calle los confunden, les hacen fotos y les piden autógrafos.

Mi padre me contó que algunos presidentes, reyes o dictadores tienen un doble para los actos públicos, por si alguien intenta asesinarlos.

Buen ejemplo, Valeria. Pero lo más importante, lo que os decía: que no hay caras para tanta gente. Que si reunís todas las narices posibles: grandes, peque-

ñas, gordas, finas, rectas, respingonas, de cerdo, de boniato... Y todo el catálogo que podáis imaginar de ojos: redondos, almendrados, rasgados, chiquitos, de búho; y hasta las variedades de colores, que no solo es negro, castaño, azul o verde, que dentro del negro hay muchísimas variaciones: negros como un gato negro, o como un pedazo de carbón, o como un...

No te enrolles, ya lo han entendido.

Vale, pues imaginaos que reunís todas las variaciones que se os ocurran de narices, ojos, bocas, frentes, barbillas y tal. Y las vais combinando como si fuese la cara de Míster Potato. ¿Cuántas caras diferentes conseguiríais formar? Miles. O millones, no sé. Pero seguro que no os salen siete mil millones de caras totalmente diferentes, únicas. Ah, esperad: y tenéis que contar también la gente que vivió antes que nosotros. ¿Cuántos miles de millones han habitado la Tierra desde los trogloditas hasta hoy? Billones.

Cien mil millones. Lo acabo de buscar.

Pues seguro que vuestra cara, esa que os veis en el espejo y os parece tan vuestra, irreplicable, ya la han llevado otros antes. Un romano de la Antigüedad, o una campesina medieval, alguien del siglo pasado o de hace miles de años.

Me acuerdo de un día que fuimos a un museo. Mamá se quedó mirando un cuadro antiguo. Era el retrato de un dios griego. Mamá se empezó a reír, y nos llamó: «¡Mirad, chicos, es papá!», dijo señalando el cuadro. Y era verdad: el del lienzo, el dios pintado, era mi padre. Igualito, su misma cara y hasta su misma expresión tranquilota. Eso sí, era papá pero medio desnudo y

con un casco de guerrero. Aunque él no pensaba lo mismo, y protestó: «¡Yo no soy tan feo!».

Pues ahí lo tenéis, lo que yo decía. No digo que haya existido un dios igual al padre de Valeria. Pero sí que el pintor usó como modelo a un amigo o un criado que era igual a como sería el padre de nuestra protagonista cientos de años después. No parecido: idéntico. Seguro que todos habéis tenido ya antes algún doble, una copia de vosotros. Seguro que lo tenéis hoy también, solo que todavía no se ha cruzado en vuestra vida. En la de Valeria, sí.

Capítulo dos

Sin embargo, Valeria no se cruzó con su doble en un museo, ni en un concurso de la tele. Fue en la parada del autobús, un día a la salida del instituto. Imaginaos la sorpresa.

Más que sorpresa. Un susto de campeonato.

¿Puede haber un sitio más vulgar para que te ocurra algo tan extraordinario? Si esto fuera una novela, el encuentro entre Valeria y su doble se habría producido en una cabaña en medio del bosque, en una playa desierta, durante un paseo a caballo, bajo una tormenta. Y yo os lo contaría con el típico misterio de esas situaciones: «De pronto abrió la puerta y...». «Aquella desconocida tenía un extraño parecido, y al acercarse descubrió horrorizada que...». «Notó que alguien la seguía, y cuando de pronto se giró...».

Pues nada de eso. Una simple parada de autobús a la salida del instituto, un lunes cualquiera de septiembre, al mediodía. Valeria que levanta la cabeza del móvil y ahí está, al otro lado de la calle, en la parada de enfrente: su doble. Una chica igual que ella. Como si se estuviese mirando en un espejo.

Sí, como un espejo. Porque encima ella estaba también sentada en su parada, con la mochila apoyada al lado, como yo. Y mirando su teléfono, en mi misma posición.

Tras unos segundos, Valeria se dio cuenta de que no había ningún espejo ni cristal que la reflejase. Entonces sí se sobresaltó. Era otra chica. Una que se parecía a ella.

¿Cómo que «se parecía»?

Una que se parecía mucho.

¿Mucho?

Muchísimo. Una que tenía un parecido asombroso.

Y dale. Que no, ya te lo he explicado antes de que empazases a escribir. No nos «parecíamos». Éramos idénticas.

De acuerdo. Una chica idéntica. Su misma cara ovalada, su nariz respingona, su boca pequeña, sus ojos un poco rasgados. Su pelo castaño, sus pestañas largas. Idéntica. También su cuerpo, ese cuerpo tan menudo por el que la gente siempre le echa menos años.

¿Qué opináis vosotros, lectores, lectoras? ¿Os lo creéis? ¿Puede alguien encontrarse a su doble así, al salir de clase, en la parada del autobús?

¿A qué viene esa pregunta? ¿Por qué les haces dudar nada más empezar? A ver si eres tú el que no se lo cree... Pues vaya narrador me he ido a buscar.

Lo intento. Pero toda esta historia me resulta un poco... rara.

¿Rara? Te quedas corto. Es increíble. Pero ocurrió. Déjame, que sigo yo un rato.

Capítulo tres

*A*hí estaba yo, en mi parada de autobús. Y allí estaba la otra, en su parada. Mi doble. Frente a frente, separadas solo por el ancho de la calle.

Me fijé bien en ella. La miré sin disimulo, embobada, aprovechando que ella seguía distraída. Si llega a levantar los ojos, se habría encontrado con los míos; quizás sí se habría dado un susto ella. Era como yo. Igualita.

E insisto en que, cuando digo igual, no quiero decir «parecida», ni siquiera «asombrosamente parecida». No como esos imitadores de concurso televisivo, no como los dobles de los presidentes y los reyes, que los maquillan y les ponen peluca. No, no. Esta era idéntica a mí.

No sabía qué hacer. Ni se me ocurría levantarme y acercarme. Estaba un poco asustada, y empecé a preocuparme de que ella también me viese. Con disimulo, le hice una foto con el móvil. Y la amplié en la pantalla, para poder verla más de cerca. No había duda: era yo.

Mientras miraba pasmada la foto, oí un ruido. Levanté los ojos. El autobús. El de enfrente, el que estaba esperando ella. Vi cómo subía, caminaba hacia el fondo y se sentaba junto a una ventanilla. El bus se

puso en marcha, y yo me quedé en mi sitio, paralizada. Con esa sensación de no saber si algo ha pasado de verdad o lo has soñado. Pero ahí estaba la foto en mi teléfono.

Al llegar a casa, se la enseñé a mi padre:

—Mira, papá, ¿qué te parece esta foto?

—Has salido muy guapa —dijo sin prestar atención.

—Mírala bien, por favor. Dime si ves algo raro.

Eché otro vistazo a la foto, y luego a mí otra vez.

—¿Pasa algo, Valeria?

—No, no pasa nada. Solo dime si ves algo raro en la foto.

Volvió a mirarla, luego a mí, y varias veces repitió el movimiento: mirar la foto, a mí, a la foto, a mí, como buscando algo, como cuando te dicen que busques las siete diferencias en dos dibujos que a ti te parecen iguales y no las encuentras.

—¡Ya lo veo! —exclamó por fin, y puso cara de horror.

—¿Qué?

—El grano. Te ha salido un grano en la barbilla, y en la foto todavía no lo tenías.

Me señaló el horripilante grano que me había salido esa misma mañana. Eso era todo. Mi padre no veía más diferencia. Confirmado: era igual que yo. Era mi doble.

Venga, sigue tú, narrador.